

remos que siempre domina en nuestros afectos, en nuestros intereses, y en nuestros placeres. La pereza es el pez remora, cuya fuerza, dicen, detiene los navíos. Para dar, en fin, la verdadera idea de esta pasión, es necesario decir que la pereza es como la bienaventuranza del alma, que la consuela en todas sus pérdidas y equivale á todos los bienes..... De todos los defectos, aquel que con mas facilidad confesamos, es la pereza; persuadidos de que participa de todas las virtudes sociales y pacíficas, y que, sin destruir enteramente las otras, no hace mas que suspender sus acciones.

A mas de esto, los que se hallan poseidos de esta suerte de pereza, hacen de ella un mérito y una virtud. Mas esta apatía del corazón, esta indiferencia por todo, esta privación de toda sensibilidad, este desapego del aprecio y de la gloria no pueden ser mirados de ningun modo como virtudes morales ó sociales un ser verdaderamente sociable debe interesarse en la felicidad y en las desgracias de los hombres; debe compartir sus placeres y sus penalidades; debe adherirse fuertemente á la justicia; debe estar siempre dispuesto á prestar á sus semejantes los servicios y auxilios de que sea capaz. El perezoso es un peso inútil sobre la tierra, y un muerto en la sociedad. Él no puede ser ni buen príncipe, ni buen padre de familia, ni buen amigo, ni buen ciudadano. Un hombre semejante, reconcentrado en sí mismo, solo existe para sí. Una vida enteramente ociosa, la

pereza filosófica de los epicúreos, la apatía de los estoicos, elogiadas por tantos moralistas, son tantos vicios reales y verdaderos: todo hombre que vive con los hombres, vive con ellos para serles útil. Solon queria que todo ciudadano que rehusara tomar parte en las facciones de la república, fuese separado de ella como un miembro corrompido. Si esta ley parece demasiado rigorosa, seria bueno á lo menos que todo ciudadano indiferente á los males de su patria, ó que en nada contribuye á su felicidad, fuese castigado con el desprecio de los hombres (1).

CAPITULO IX.

De la Relajacion de las Costumbres, de la Disolucion, del Amor de los Placeres deshonestos.

EL hombre social, como se ha repetido muchas veces, debe, por su propio interes y el de sus asociados, refrenar sus pasiones naturales, y resistir el ímpetu desordenado de su temperamento. Nada es mas natural al hombre que el amar el placer; pero enseñado por la esperiencia, huye de los placeres que sabe

(1) « La pereza y la indolencia, dice Demóstenes, tanto en la vida doméstica como en la vida civil, no llegan á conocerse desde luego en el desquido de uno y otro deber, sino en la suma total de ellos ». DEMOSTH. PHILIPPIC. IV.

pueden cambiarse en penalidades, teme dañarse á sí, y se abstiene de todo lo que puede hacerle perder la estimacion de sus semejantes.

Esto supuesto, deben contarse en el número de los vicios todas las disposiciones y cualidades que, bien sea inmediatamente ó por sus consecuencias necesarias, pueden perjudicar al que se entrega á ellas, ó producir alguna turbacion en la sociedad. Muchos hombres son esclavos de sus mas perversas inclinaciones, porque no racionan sobre sus acciones; el vicio es duro, áspero é inconsiderado, en vez de que la razon y la equidad mantienen igual y justa la balanza. Los hombres son viciosos, porque solo piensan en lo presente.

El amor, esta pasion tan locamente alabada de los poetas, y tan deprimida de los filósofos, es un afecto inherente á la naturaleza del hombre; es efecto de una de las mas urgentes necesidades; mas si no se contiene dentro de límites justos, todo nos muestra que es el manantial de los mas espantosos desastres. La naturaleza ha hecho dependientes del amor la conservacion y la multiplicacion de nuestra especie, y por consecuencia la conservacion y felicidad de la sociedad: así que, el hombre y los animales son sensibles al amor, y buscan con ansia sus placeres; pero la esperiencia, la templanza y la prudencia nos enseñan y nos habituan á resistir y refrenar las instigaciones de un temperamento impetuoso, ó de una naturaleza

turala siempre ciega, cuando no va guiada de la razon.

Hablando de la templanza, hemos probado suficientemente la importancia de esta virtud en la conducta de la vida; sin ella el hombre arrastrado de continuo por el atractivo del placer, seria siempre y constantemente enemigo de sí mismo, é introduciria el desórden en la sociedad. Hemos hechō ver igualmente las ventajas del pudor, centinela respetable de las costumbres, y hemos probado asimismo que, ocultando los objetos capaces de escitar pasiones destructoras, el pudor oponia fuertes y felices obstáculos á la fogsidad de la imaginacion, á veces indomable cuando se acalora y enciende.

Regularmente el amor es un niño criado en la ociosidad y blandura; ya hemos indicado que esta pasion conduce á los hombres á la disolucion, y se hace en ellos hábito y necesidad: esta pasion llena el vacío inmenso que la ociosidad deja comunmente en la cabeza de los príncipes, de los ricos, de los grandes, y particularmente de las mugeres del gran mundo, á quienes su estado condena al parecer á la inercia y la molicie. He aquí, como se ha visto, el verdadero origen de la *galanteria*, fruto por otra parte necesario de la comunicacion demasiado frecuente de los dos sexos. La galanteria en los hombres desocupados, es el deseo de agradar á todas las mugeres, sin amar con verdad á ninguna. Por inocente que parezca este trato

fraudulento, como fundado en la urbanidad y buena crianza, en la deferencia y en las consideraciones debidas al bello sexo, no deja por esto de ser muy peligroso en sus efectos, porque debilita las almas de los hombres (1), y dispone á las mugeres á familiarizarse con las ideas que pueden acarrearles consecuencias las mas funestas. La debilidad no está segura sino es evitando el peligro: es muy difícil que una muger, espuesta de continuo á las seducciones de un gran número de solicitadores, tenga la fortaleza necesaria para resistirlos. Nada es mas importante que el prever y precaver los peligros de que la virtud, en un mundo depravado, se halla continuamente rodeada.

Si, como se ha demostrado antes, el hombre solitario, esto es considerado con relacion á sí mismo, está obligado á resistir á los impulsos de una naturaleza ciega y brutal, y á oponerle las leyes de una naturaleza mas espermentada, se sigue de aquí que el hombre, en cualquiera situacion que se encuentre, debe, á fin de conservarse, combatir y refrenar los pensamientos y deseos que le harian abusar de sus

(1) César nos enseña que los antiguos Germanos apreciaban sobremanera la castidad, como virtud que fortifica á los hombres, y que declaraban infames á los que, antes de la edad de veinte años, conocian los deleites del amor. Segun el padre Lafiteau, los jóvenes, entre los salvages, no pueden usar del matrimonio sino un año despues de su celebracion. *Les Mœurs des Sauvages*, par le P. Lafiteau, y César de *Bello Gallico*, lib. VI. cap. 21. casi al principio.

fuerzas con daño siempre de sí mismo. De donde se infiere que los placeres del amor están prohibidos al hombre ó á la muger solitarios: el interes de su conservacion y de su salud exige que no hagan abuso de sí mismos, y teman contraer hábitos ó necesidades que no podrian satisfacer sin que algun mal irremediable fuese la consecuencia de ellas. La experiencia nos acredita, en efecto, que el hábito de obedecer á los caprichos de un temperamento demasiado fogoso, es de todos los hábitos el mas contrario á la conservacion del hombre, y el mas difícil de estirpar. Se infiere de esto que la templanza, la continencia y la pureza deben acompañar al hombre aun en lo escondido de un desierto inaccesible al resto de los humanos.

Esta obligacion adquiere todavia mas fuerza en la vida social, en la cual las acciones del hombre no solamente influyen en sí mismo, mas tambien son capaces de influir en los otros. La castidad, la continencia, el pudor son cualidades respetadas en todas las naciones civilizadas; la impureza, la disolucion, la impudencia son, por el contrario, generalmente miradas como vergonzosas y despreciables. ¿Se fundará acaso esta opinion en preocupaciones, ó en convenciones arbitrarias? No: ella tiene por base la experiencia, la cual nos prueba sin desmentirse nunca, que todo hombre entregado por hábito á la disolucion, es comunmente un insensato que se pierde, y que es incapaz de

ocuparse útilmente en beneficio de los demás. El disoluto, atormentado de una pasión exclusiva, irrita continuamente su imaginación lasciva, y solo piensa en los medios de satisfacer las necesidades que esta imaginación le crea. Una doncella que ha llegado á violar las reglas del pudor, y que está dominada de su temperamento, aborrece el trabajo, es enemiga de toda reflexión, se mofa de la prudencia, es incapaz de ser una madre atenta y laboriosa, y solo piensa en el deleite sensual: ó cuando con el continuo abuso este deleite pierde en ella su aliciente, entonces solo trata de sacar provecho de la venta de su hermosura.

Para conocer los efectos que la disolución, el gusto habitual de los placeres y la relajación deben causar en las almas virtuosas, basta examinar los resultados de estas brutales cualidades en aquellos que la suerte ha destinado á gobernar imperios: puesto que dichas cualidades destruyen visiblemente en ellos toda actividad, adormeciéndolos en una continua molición, que, muchas veces, mas que la crueldad arruina los estados. ¿Que atenciones pueden esperar los pueblos del Asia de sus voluptuosos sultanes, perpetuamente ocupados en los asquerosos placeres de sus serrallos, donde se sujetan y esclavizan á los caprichos y artificios de sus favoritas ó sus eunucos? Bajo un Neron ó un Heliogábalo, Roma fue un lupanar, donde las infames prostitutas, desde el centro de la diso-

lución, decidían de la suerte de los ciudadanos, disipaban las rentas del estado, y distribuían los honores y gracias á los hombres en quienes la corrupción ocupaba las veces del mérito, del talento y de las virtudes. Una nación es perdida (1), cuando la relajación de las costumbres, autorizada con el ejemplo de los gefes y recompensada por ellos, llega á ser universal; entonces el vicio descarado y atrevido no se cubre ya con las sombras del misterio, y la disolución corrompe y contamina todas las clases de la sociedad: poco á poco la misma honestidad, puesta en ridículo, tiene que sonrojarse de sí misma.

El horror y el desprecio debidos á la disolución, se fundan justamente en sus efectos naturales: las ideas que tenemos de sus infelices víctimas, no son efecto de la preocupación. En las sociedades, donde la virtud y el honor de las mugeres dependen del cuidado que tienen ellas de conservar su castidad, donde la educación las arma y fortifica contra la flaqueza de sus almas, ó la fuerza de su temperamento, se puede naturalmente suponer que una jóven que ha quebrantado las lindes del pudor, está perdida sin remedio, para nada vale ni sirve, y no puede ser mirada en adelante sino como el instrumento venal de la lascivia pública. Por consecuencia una prostituta está escluida de los

(1) *Desinit esse remedium locus, ubi quae fuerant vitia, mores sunt.* SENECA. Epist. 39. in fine.

concursos decentes; es un objeto de horror para las mugeres honestas; ningunos respetos merece aun de aquellos mismos que por ser disolutos no son escrupulosos en tratarla; desterrada, por decirlo así, de la sociedad, se ve obligada á abandonarse á la disipacion, la intemperancia, el lujo y la vanidad. Incapaz de reflexionar, y falta de prevision, solo vive en el dia presente, no piensa en el de mañana, se acaba y consume con sus excesos, ó arrastra dolorosamente hasta el sepulcro una vejez indigente, enfermiza y despreciable.

Sin embargo, en obsequio de estos objetos de odio y de desprecio, vemos todos los dias á tantos ricos y á tantos grandes abandonar sus amables y virtuosas esposas, arruinarse voluntariamente, y no dejar á su posteridad sino deudas y trampas. Mas la virtud no ejerce sus derechos en las almas corrompidas con la disolucion; los hombres depravados desconocen los hechizos del pudor y la honestidad, y necesitan de impudencia y descaro; el vicio descubierto, y los coloquios obscenos y torpes los han disgustado para siempre de toda conversacion honesta y de una conducta reservada. Ve aquí porque los maridos libertinos prefieren las mas veces una cortesana comun y sin mérito á esposas dotadas de prendas y virtudes; pero que no les proporcionan los mismos placeres que encuentran, por un gusto perverso y corrompido, en el trato y comercio con

las prostitutas, á quienes ellos no pueden menos en su interior de aborrecer y despreciar, abandonándolas á su desgraciada suerte, cuando han llegado á fastidiarse de ellas.

Tales son las consecuencias del amor desareglado; á este envilecimiento deplorable son traídas las imprudentes jóvenes por los infames seductores, á quienes las leyes debieran castigar. Pero en la mayor parte de las naciones, la seduccion no es tenida por delito; los que la cometen se vanaglorian de ella como si fuese un triunfo, y hacen alarde de las victorias que consiguen de un sexo frágil y crédulo, cuya debilidad parece que los autoriza para engañarle del modo mas cruel. ¿Cual debe ser la depravacion de las ideas en aquellas naciones, donde á semejantes acciones no se imponen ni castigos ni infamia? ¿Que almas tendrán esos monstruos de lujuria, cuyos atentados son causa de la desolacion y afrenta de familias virtuosas? ¿Hay una crueldad mayor que la de esos disolutos que, por satisfacer un deseo momentáneo, entregan por toda su vida las victimas que han seducido, al oprobio, al llanto y á la miseria? Mas la disolucion, cuando ha llegado á ser habitual, aniquila la piedad en el corazon y la reflexion en el alma; y multiplicando los excesos sofoca en el libertino los remordimientos que los primeros delitos han podido causarle. Por otra parte, siendo tan ciego que no ve los males que se hace á sí mismo, ¿como ha de

acriminarse ni arrepentirse del daño que causa á los demas?

Los que miran la relajacion y la disolucion de las costumbres como cosas sobre que un gobierno debe cerrar los ojos, ¿han reflexionado con toda atencion y seriedad sus consecuencias? ¿No se ven á cada paso familias enteras arruinadas por padres libertinos, que no transmiten á sus hijos sino sus gustos depravados, con la imposibilidad de satisfacerlos? Unos ejemplos tan frecuentes ¿no prueban y convencen el exceso de ceguedad y de locura á que conducen las mas veces las inclinaciones vergonzosas? La mayor fortuna no puede resistir á la seduccion de estas sirenas, á la voracidad de estas hambrientas harpias, cuando han llegado á dominar y apoderarse del alma de un disoluto. Nada es bastante á satisfacer los deseos desenfrenados, los extravagantes caprichos, la vanidad impertinente de unas mugeres que no conocen reglas ni medida. La ruina completa de sus amantes es el solo término de sus estafas: entonces el necio arruinado y perdido no puede menos de ceder su lugar á un nuevo mentecato, el cual, cuando le llegue el turno, será tambien robado y destruido: tales son el amor y la constancia que los amantes insensatos pueden esperar de estas criaturas viles y mercenarias que merecen su loca aficion.

Si el libertinage produce diariamente tan deplorables efectos, aun á los ricos y á las per-

sonas mas acomodadas, ¿que daños no producirá á las gentes de una fortuna limitada? El libertinage embrutece al hombre de letras adormeciéndolo su talento; distrae al mercader de su comercio, y le transforma en un bribon; saca el artista de su taller; hace que el jornalero se disguste del trabajo que necesita para su diaria subsistencia: en fin, el libertinage, arruinando al hombre opulento, conduce el trabajador al hospital ó á la horca. Pocos son los malhechores á cuya pérdida no hayan contribuido en mucha parte las mugeres de mala vida. Un miserable, las mas veces, roba, asesina, y comete atentados, para saciar la vanidad ó las necesidades de una prostituta, que le arrastrará tarde ó temprano al suplicio.

A este desarreglo de costumbres deben atribuirse ordinariamente las frecuentes pependencias y los sangrientos desafíos que llevan al sepulcro á tantos jóvenes aturdidos. ¿Cuántos imprudentes coléricos, por unos necios zelos, tienen la cruel extravagancia de arriesgar su misma vida, disputándose los favores públicos, comunes y despreciables de una vil prostituta! ¿No se necesita tener las mas estrañas ideas del honor, para fundarle en la posesion de estas mugeres disolutas que son del primero que llega? Mas es propio del amor, ó mas bien de la disoluta relajacion, el no dar lugar á reflexiones juiciosas y pensamientos racionales.

Prescindiendo del justo desprecio que el li-

bertinaje ocasiona á los que se entregan á él ; prescindiendo del decaimiento de ánimo que produce , la naturaleza cuida de castigar de un modo directo á los imprudentes , en quienes las ideas de honestidad y de razon no pueden reprimir sus inclinaciones desarregladas. La juventud debiera estremecerse á vista de las enfermedades espantosas con que el placer sensual le amenaza , al contemplar que los frutos de sus desórdenes pueden ademas infestar su mas remota descendencia ; pero estas consideraciones no tienen fuerza en el alma de estos hombres embrutecidos que , aun á costa de su misma vida , procuran satisfacer sus abominables y vergonzosas pasiones. El vicio es un tirano que da á sus esclavos un fatal valor , capaz de hacerles arrostrar las enfermedades y aun la muerte.

No parece sino que todo en la sociedad escita y fomenta , sobre todo en los ricos y grandes , el gusto funesto del vicio y de la sensualidad. La educacion pública , los discursos obscenos , los espectáculos poco castos (1) , las

(1) Los gobiernos , en algunas naciones , como que en cierto modo autorizan la corrupcion pública con los espectáculos licenciosos. El teatro inglés es ciertamente una escuela de prostitucion. Muchas piezas del teatro francés , como *la Fille Capitaine* , *la Femme juge et partie* , *George Dandin* , *L'Ecole des Femmes* , etc. , dan á la juventud lecciones y máximas contrarias á las buenas costumbres. La *opera* , en algunos países , solo parece que ha sido inventada para fomentar en los corazones el gusto de la disolucion por medio de cantos , máximas y bailes lascivos. Las farsas hacen perder el tiempo

novelas amorosas , y los malos ejemplos contribuyen incesantemente á sembrar en los corazones la semilla de la disolucion ; una corrupcion contagiosa se introduce en ellos por todos los poros , y muchas veces sus almas están ya dañadas y corrompidas , aun antes de que la naturaleza haya dado á los órganos del cuerpo la suficiente consistencia. De aquí esa vejez precoz que se observa sobre todo en los grandes y en los habitantes corrompidos de las cortes , cuyas razas miserables y endebles anuncian claramente los vicios de sus padres. El disoluto no solamente se daña á sí mismo , sino que tambien vincula su debilidad y sus vicios en sus desgraciados descendientes.

No hablaremos aquí de ciertos gustos extravagantes y perversos , contrarios á los designios de la naturaleza , de los cuales están infestadas naciones enteras. Solo , sí , diremos que estos gustos incomprensibles parecen sin duda efectos de una imaginacion depravada , la cual , para reanimar los sentidos desgastados con los placeres comunes , los inventa nuevos y capaces de avivar por algun tiempo á los infelices , á quienes su debilidad y aniquilamiento han reducido á la desesperacion. De este modo la naturaleza se vengá de los que abusan de los

al pueblo , y corrompen sus costumbres. Los dramas menos licenciosos presentan siempre los mas de ellos á la juventud objetos capaces de irritar las pasiones.

deleites sensuales; y los reduce á buscar el placer por caminos que hacen al hombre inferior á los brutos. Las disoluciones ingeniosas y torpemente estudiadas de los Griegos, de los Romanos y de los Orientales (1) manifiestan que estos pueblos tenian una imaginacion falta ya de recursos para inventar nuevos deleites que bastasen á satisfacer el apetito embotado ya é insensible de unos enfermos que carecian de estímulos naturales.

Se nos preguntará, quizá, que remedios pueden oponerse á la disolucion de las costumbres, que tan radicada vemos en algunos países, que es casi imposible el estirparla. A esto responderemos que una educacion mas vigilante impediría que la juventud llegase á contraer unos hábitos capaces de influir en el bienestar de toda su vida: diremos que los padres, mas arreglados en su conducta, formarían unos hijos menos viciosos: diremos que los soberanos virtuosos influirían con sus ejemplos en sus súbditos; cerrando á los vicios el camino del favor, de los honores, de las dignidades y de las recompensas, un príncipe conseguiría á lo menos disminuir la corrupcion pública y escandalosa que reina en la corte, como en su centro y

(1) Las relaciones del Oriente nos dicen que, por un efecto de la poligamia, los Mahometanos ricos, los Persas, los Mogoles, y los Chinos, se hallan por lo comun decaidos y debilitados á la edad de treinta años, ó enteramente insensibles á los placeres naturales; siendo esta, sin duda, la causa de los gustos depravados y vergonzosos que reinan en el Asia.

domicilio. El ejemplo de los grandes, siempre imitado fielmente de los pequeños, haría volver en breve tiempo la honestidad y el pudor, destrerrados tanto hace del seno de las naciones opulentas; estas no tienen sobre las pobres sino la funesta ventaja de poseer muchos mas vicios y torpezas, y muchas menos fuerzas y virtudes.

Cuando hablemos de los deberes de los esposos, haremos ver los inconvenientes tan terribles como funestos que resultan á las familias y á la sociedad de la infidelidad conyugal, *de la coqueteria*, y de esos galanteos, que en algunas naciones familiarizadas con la corrupcion, se miran temeraria y osadamente como bagatelas, pasatiempos y gracejos.

Si la razon condena la disolucion, necesariamente ha de proscribir todo lo que puede provocar á ella; así que la razon prohíbe los discursos y conversaciones licenciosas, las lecturas perjudiciales, los trages provocativos, las miradas deshonestas, etc.: por la misma razon ordena que se aparte la mente de aquellos pensamientos lascivos, que podrían poco á poco conducir á criminales acciones; estas, reiteradas, forman hábitos permanentes que resisten á todos los consejos de la razon. *Es menester*, dice Isócrates, *que el hombre cuerdo sujete no solo sus manos; sino tambien sus ojos.*

Como los placeres del amor son los mas vivos de cuantos la máquina del hombre puede

esperimentar, son tambien por su naturaleza los mas dificiles de ser reemplazados : por la misma razon, la esperiencia nos manifiesta que son los mas destructores del hombre ; sus órganos no pueden sufrir, sin un notable detrimento, los movimientos convulsivos que estos placeres les causan. He aquí el porque, arrastrado por sus hábitos, es regularmente el disoluto esclavo de ellos hasta el sepulcro ; incapaz ya de satisfacer sus necesidades inveteradas, su imaginacion agitada de continuo no le permite reposo alguno. Nada es mas digno de compasion que la vejez enferma y despreciable de los hombres, cuya vida ha sido consagrada á los placeres sensuales.

CAPITULO X.

De la Destemplanza ó Gula.

Todo lo que daña á la salud del cuerpo, todo lo que perturba las facultades intelectuales ó la razon del hombre, todo lo que le hace perjudicial á sí mismo ó á los otros, debe ser reputado vicioso y criminal, y no puede ser aprobado por la sana moral. Si la templanza es una virtud, la destemplanza es un vicio, el cual puede ser definido el hábito de entregarse á los apetitos desarreglados del sentido del gusto. Todos los excesos del paladar, la glotonería, y la embriaguez, deben ser mirados como unas

qualidades dañosas á nosotros mismos y á nuestros asociados.

A la medicina pertenece demostrar los riesgos á que la destemplanza espone al cuerpo ; acorde con la moral, ella nos enseña que el gloton, esclavo de una vil pasion, y sujeto á enfermedades crueles y frecuentes, vegeta en un estado de languidez, y halla por lo comun una muerte prematura en los placeres que su estómago no puede resistir.

La moral, por su parte, ve en el hombre guloso un desgraciado, cuya alma, consumida en una pasion brutal, solo se ocupa en los medios de satisfacerla. En los paises en que el lujo ha fijado su domicilio, los ricos y los grandes, cuyos órganos están embotados con el abuso que de ellos han hecho, se ven reducidos á buscar en los alimentos precoces, raros y costosos, los medios de reanimar un apetito estenuado : no abasteciéndoles ya su pais de nada bastante agradable, los vemos ocuparse con el mayor empeño en imaginar nuevas combinaciones, capaces de irritar sus paladares entorpecidos ; y poner en contribucion los mares y los paises mas remotos para escitar sus desgastados sentidos. A esta flaqueza física de la máquina se junta una necia vanidad, que se finge un mérito en presentar á la admiracion de los convidados las producciones mas costosas, con la idea de darles una alta opinion de la opulencia del que los regala ; este tiene la

noble ambicion de que se diga que tiene una mesa delicada; y no se avergüenza de participar de una gloria, que solo debia ser propia de su mayordomo ó cocinero.

En los placeres de la mesa, y en la gloria de ofrecer á sus convidados manjares bien condimentados, raros y costosos, es en lo que, sobre todo, muchos hombres fundan su representacion y grandeza; los convites suntuosos les parece que demuestran buen gusto, generosidad, nobleza y sociabilidad, el hombre opulento, y el hombre constituido en dignidad gozan interiormente de los aplausos que les dispensan una multitud de aduladores y de gentes desconocidas que reunen casualmente y sin eleccion para que sean testigos de su pretendida grandeza y de su soñada felicidad. De este modo las casas de los ricos y de los grandes se convierten en hosterías abiertas y francas para todo el que llega, cuyos dueños tienen la necesidad de ruinar y consumir su fortuna y salud en obsequio de unas gentes que apenas conocen, y á los que sin embargo tienen la locura de tener por amigos. Ningunos mas despreciables que estos amigos de la mesa, atraidos solo por la buena comida, y á los que se les podria llamar con mas razon *amigos del cocinero*, que amigos de su amo (1): este, despues de haber destruido su fortuna, como sucede harto frecuen-

(1) Plutarco califica á los amigos de esta especie de *amigos de la marmitta*.

temente, se ve sorprendido al hallarse abandonado de sus pretendidos amigos; y llega á conocer, aunque muy tarde, que solo reunia en su casa glotones, cuya amistad residia únicamente en su estómago, y que en nada le agradecen los escesivos y locos gastos hechos en su obsequio, ó mas bien en el de su necia vanidad.

En efecto, el pródigo, como hemos visto, no es un hombre benéfico, sino un estravagante, por lo comun insensible, que sacrifica su fortuna á la manía de ostentarla. ¿Como un hombre verdaderamente sensible dejaria de arrepentirse de los dispendios enormes de sus festines, si llegase á reflexionar que estos dispendios bastarian á suministrar lo necesario á muchas familias indigentes que apenas tienen un bocado de pan? Pero los beneficios de esta clase no le dan al rico el vano esplendor que pide su vanidad; él desea mas ostentar y arruinarse neciamente que dar un pequeño socorro á los necesitados y miserables; discurre que su clase ó su empleo le obligan á usar de prodigalidad y lujo, y se disculpa con esta obligacion de no ocurrir á las necesidades y miserias del pobre.

Los gastos exorbitantes de los grandes y de los ricos, y las dilapidaciones y robos de sus mesas, contribuyen tambien á que la suerte del pobre sea mas apurada; á estas causas debe atribuirse la carestía de las provisiones y comestibles de primera necesidad que se observa en los paises donde el lujo hace á la pobreza

mas infeliz de lo que es en sí misma. Los continuos festines, los esquisitos y costosos manjares, y los robos y desperdicios de los criados, consumen y destruyen en un dia, en una poblacion grande, los viveres que bastarian para abastecer por un mes á los labradores de una provincia.

¡ Empero tales son los efectos de este lujo tan ensalzado en las apologías de muchos! La reflexion nos le muestra como el cruel destructor del rico á quien arruina, y del pobre al que priva constantemente de lo necesario. Todo nos prueba que la sana política, á una con la moral, debe proscribirle, é inspirar á los ciudadanos la frugalidad no menos útil á la salud y á la fortuna de los ricos y de los grandes que á la comodidad y al bienestar del pueblo, en el que los gobiernos regularmente se muestran muy poco interesados.

A su negligencia, ó al mal entendido interes ebe atribuirse la embriaguez tan comun en el bajo pueblo. Bien manifiestos y patentes son los daños y perjuicios que causan los escesos del vino y la relajacion habitual en las clases mas ínfimas de la sociedad, sin embargo no se procura buscar los medios de corregirlos; bien lejos de ello, en algunas naciones, la política es cómplice de estos desórdenes; por un sordido y mezquino interes, ó por los derechos que el gobierno impone sobre las bebidas, la destemplanza del pueblo se mira como un bien

para el estado, y se temeria una disminucion de las rentas públicas, si el pueblo fuese mas sobrio y racional (1).

La ociosidad, la pereza y la dificultad de adquirir los alimentos convenientes, determinan el pueblo á la embriaguez, y sobre todo le hacen contraer el hábito de los licores fuertes que le destruyen en poco tiempo. Estos llegan á serle necesarios para reanimar su máquina estenuada por falta de alimento, á causa de que producen en su paladar sensaciones muy fuertes; mas privándole habitualmente de la razon, tarde ó temprano llegan á embrutecerle enteramente, y á que sea incapaz de subsistir con su trabajo.

En algunas naciones, la multitud de solemnidades y fiestas que condenan el artesano á que no pueda trabajar, dan motivo á que el pueblo, en medio de su ociosidad, se entregue al juego y á la borrachera; de este modo queda privado del provecho que le rendiria su trabajo, é imposibilitado de dar pan á sus hijos. A mas de esto, su embriaguez le espone á riñas y quimeras accidentales, y tambien á delitos. Con

(1) En Rusia, el soberano tiene estancada lo venta del aguardiente, con la particularidad que se tiene un registro de lo que todos los años necesita de este licor cada familia. En todas las naciones de Europa, los gobiernos cargan escesivos impuestos sobre el vino y los licores; por consecuencia tienen el mayor interes en que el pueblo se emborrache. Los licores alambicados son el recurso de los pobres, principalmente en los países en que vale muy caro el vino.

precaver la ociosidad, precaveria la política una multitud de desórdenes que tiene que castigar, y que nunca logra disminuir.

Aunque en algunas naciones, la embriaguez es aborrecida de las gentes honradas y de buen trato, este vicio subsiste en las provincias, y es el recurso comun de todos los holgazanes. ¿Cuántos hombres que se tienen por racionales, no encuentran otro medio de emplear el tiempo que les incomoda, sino es bebiendo hasta perder su poco juicio? Si los habitantes de los países meridionales son más sobrios, los del norte pretestan en los rigores de su clima motivos urgentes para embriagarse habitualmente; y se vanaglorian por lo comun de su vergonzosa destemplanza. ¡Buena gloria, por cierto, la que resulta á un ente racional de privarse periódicamente del entendimiento, y de hacerse inferior á las bestias!

La borrachera es ciertamente un placer de salvajes: así vemos á estas tribus de hombres, ó más bien de niños inadvertidos, de que el nuevo mundo se halla poblado, ser sojuzgadas por los licores fuertes, cuyo funesto conocimiento se le deben á los benéficos europeos. Al uso inmoderado de esos mortales brebages atribuyen muchos viajeros la destruccion casi entera de estos pueblos imprudentes y sin razon.

Anacarsis decia que la vid producía tres especies de uva, la primera el placer, la segunda

la borrachera, y la tercera el arrepentimiento. La esperiencia diaria basta para convencernos de que nada es más contrario que la destemplanza á la salud y á la virtud del hombre. Debilitando el cuerpo, trae á pasos precipitados la vejez, las enfermedades y la muerte. La destemplanza, dice Demócrito, *da cortas alegrías, y largos disgustos*. Una vida sensual y delicada nos hace contraer una molicie que nos hace inútiles y despreciables: el exceso del vino, turbando del todo la cabeza, embrutece al hombre que se entrega á él, le aburre del trabajo, le impide pensar en sus deberes y cumplirlos, y muchas veces le conduce á los crímenes y al suplicio.

Una criatura verdaderamente racional debe velar en su conservacion; y una criatura verdaderamente sociable debe mantener su tranquilidad, y no turbar ni perder jamás sus facultades intelectuales, temerosa de ser arrastrada, sin saberlo y aun contra su voluntad, á cometer acciones que la degradarian, y que, recobrada su razon, la llenarian de vergüenza y de pesar (1).

(1)..... *Hic murus ahenus esto,
Nil conscire sibi, nullâ palletere culpâ.*

HORAT. E pist. 1. lib. 1, v. 60. 61.